

NO AMÉIS EL MUNDO

1 Juan 2:15-17.

INTRODUCCIÓN

No hay contradicción entre la afirmación del apóstol Juan de que no debemos amar al mundo y la declaración de Jesús de que “tanto amó Dios al mundo [...]” (Juan 3:16, NVI).

Debemos amar a las personas que están en el mundo, no las cosas del mundo. Satanás prometió darle a Cristo “todos los reinos del mundo y su esplendor” (Mat. 4:8) a cambio de la adoración debida solamente a Dios.

Aunque Satanás haya fracasado al confrontar a Jesús, tuvo mucho éxito en su lucha contra las otras personas. Y continuará venciendo, a menos que lo enfrentemos con la armadura y el poder de Dios. Solo el Señor nos ofrece ser libres de las seducciones del mundo.

I. RELACIÓN CON CRISTO

Leer Juan 15:4 y 5; y Salmo 119:11.

El secreto de la vida cristiana, conforme a lo declarado por Jesús, reside en una comunión permanente con él.

Pablo recomendó que pensáramos “en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Col. 3:2).

Como cristianos, estamos cercados diariamente por las influencias maléficas que el mundo promueve. La única cura para la mundanidad, sea cual fuere su forma, es la continua devoción a Cristo en los momentos altos y los bajos de la vida (Sal. 34:1).

Nuestra vida debe estar escondida en Jesús y sus planes deben ser nuestros planes. El verdadero compromiso es colocar nuestra mano en el arado sin mirar “hacia atrás” (Luc. 9:62). Cuando hacemos este tipo de compromiso, Jesús nos eleva a nuestro pleno potencial. Cuando nos rendimos a Cristo, él rompe el dominio que el mundo tiene sobre nosotros. Nuestra vida debe estar centrada en Cristo, no en las cosas; solo así se llenará nuestro vacío.

II. ESTUDIO DE LA PALABRA

Leer Lucas 24:27; y Juan 5:39.

El estudio de la Biblia orienta nuestra brújula espiritual y nos permite navegar en este mundo de falsedad y confusión. La Biblia es un docu-

mento vivo, de origen divino (Heb. 4:12), y como tal nos revela verdades que no encontramos en otros lugares. La Biblia es la guía para la vida diaria. Nos educa al expandir nuestro intelecto y al refinar nuestro carácter.

a. Elena de White escribió: “Debería enseñarse al estudiante de la Biblia a acercarse a ella con el espíritu del que aprende. Debemos escudriñar sus páginas, no en busca de pruebas que apoyen nuestras opiniones, sino para saber lo que Dios dice. Solo se puede obtener un verdadero conocimiento de la Biblia mediante la ayuda del Espíritu que dio la Palabra; y a fin de obtener ese conocimiento debemos vivir de acuerdo con él. Debemos obedecer todo lo que la Palabra de Dios manda. Podemos reclamar todas sus promesas. Mediante su poder, debemos vivir la vida que ella recomienda. Solo si se la considera de este modo se la puede estudiar eficazmente” (*La educación*, pp. 188, 189).

Estudiamos la Biblia porque es la fuente de verdad suprema. Jesús es la Verdad. En la Palabra de Dios encontramos a Cristo como lo podemos conocer, en virtud del modo en que nos fue revelado en sus páginas. Aprendemos quién es Jesús y qué realizó en nuestro favor en el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento; entonces nos apasionamos por él y entregamos la vida a su eterno cuidado.

Cuando seguimos a Jesús y obedecemos sus palabras, somos liberados de los lazos del pecado y del mundo (Juan 8:36).

III. VIDA DE ORACIÓN

Leer Juan 17:3.

No es de admirar que los cristianos, muchas veces, digan que su fe se sintetiza en una relación con Dios. Si conocer a Dios es tener “vida eterna”, entonces podemos encontrar esa vida mediante una relación con él. Y la comunicación es fundamental en esta relación. Dios se comunica con nosotros por medio de su Palabra. Consecuentemente, comulgamos con él por medio de la oración.

La oración es esencial, pues, por su propia naturaleza, nos muestra un Reino superior al

mundo. Nos lleva a pensar en las cosas celestiales, y no en las cosas y los asuntos de este mundo.

Sin embargo, aun así, debemos tener cuidado, pues a veces nuestras oraciones pueden meramente ser una expresión de nuestra naturaleza egoísta. Esta es la razón por la que necesitamos orar en sumisión a la voluntad de Dios.

Reflexiona acerca de tu vida de oración. ¿Por qué razón oras? ¿Qué revelan tus oraciones acerca de tus prioridades? ¿Sobre qué otras cosas necesitas orar?

IV. BUSCAR AL ESPÍRITU SANTO

Leer Ezequiel 36:26 y 27; Juan 14:26; y Efesios 6:18.

El Espíritu Santo es el que enseña la verdad. Él es el Don supremo que Jesús podía dar para representar a la Deidad en la Tierra después de su ascensión. El Espíritu Santo se esfuerza para darnos poder para vencer la poderosa seducción del mundo y sus “encantos”.

a. Elena de White escribió: “Por medio de falsas teorías y tradiciones es como Satanás obtiene su poder sobre la mente. Induciendo a los hombres a adoptar normas falsas, deforma el carácter. El Espíritu Santo habla a la mente y graba la verdad en el corazón a través de las Escrituras. Así expone el error y lo expulsa del alma. Es por medio del Espíritu de verdad, obrando a través de la Palabra de Dios, como Cristo subyuga a sí mismo a su pueblo escogido” (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 624, 625).

El mundo nos atrae, ¿no es así? ¿Cómo podemos entregarnos diariamente al Espíritu Santo, el único que nos capacita para resistir las tentaciones del mundo?

CONCLUSIÓN

Leer 1 Juan 5:1 al 5.

Comunión con Cristo, una vida de oración y la búsqueda del Espíritu Santo son factores decisivos en nuestra vida espiritual.

De esta forma, no habrá espacio en nuestra vida para amar las cosas del mundo.

John H. H. Mathews, director de Mayordomía en la División Norteamericana.